

**PALABRAS DEL EMBAJADOR DE EL SALVADOR,
DR. ROMÁN MAYORGA, EN LA MISA DE
CONMEMORACIÓN DEL XXX ANIVERSARIO
DEL MARTIRIO DE MONS. ROMERO**

**(EN LA IGLESIA NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE, EN CARACAS,
VENEZUELA
EL DÍA 24 DE MARZO DEL 2010)**

Hoy, a esta hora, hace exactamente 30 años fue asesinado de un balazo en el corazón el Arzobispo de San Salvador, Oscar Arnulfo Romero, mientras celebraba la eucaristía en la capilla de un pequeño hospital para enfermos terminales de cáncer. Tres décadas después, en este día, aquel martirio está siendo conmemorado, como aquí, en más de 100 países de todo el mundo.

Son incontables los artículos, los libros, las obras de teatro y películas, las estampas, los carteles, las oraciones, los cantos populares, las procesiones a su tumba y tantas otras manifestaciones de la devoción que a lo largo de los años ha suscitado este hombre en millones de personas de muy diversas naciones. Tanto así, que un obispo brasileño, don Pedro Casaldáliga, ha afirmado que “la historia de la iglesia en América Latina se divide en dos partes: antes y después de Monseñor Romero”.

Así como los primeros cristianos llamaron a Jesús de Nazaret, “Mesías”, “Hijo de Dios”, y otros nombres alusivos a la fe del pueblo judío, Monseñor Romero ha sido llamado por sus seguidores “Profeta”, “La voz de los sin voz”, “Obispo mártir”, “San Romero de América” y, más recientemente, “Guía espiritual de la nación”, por el actual Presidente de El Salvador, Mauricio Funes. El origen de cada uno de estas denominaciones tiene su propio sentido y profundidad. Así, por ejemplo, el reconocido especialista de los profetas de Israel, José Luís Sicre, sostiene que solamente han existido ocho o diez

auténticos profetas en la línea de la tradición bíblica, y uno de ellos es sin duda el pastor cuyo martirio conmemoramos este día.

¿Cómo fue que este salvadoreño, el hijo de un hogar humilde del país más pequeño de América, un sacerdote virtuoso y más bien tímido que hasta los 59 años de edad tuvo muy poco relieve público, y nunca aspiró a ninguna gloria mundana, ha llegado a tener una dimensión tan indiscutiblemente universal?

En parte, la respuesta se relaciona con la admiración de tantas personas por la defensa radical de los derechos humanos y la acción no violenta en una sociedad radicalmente injusta, hasta el punto de entregar en ello la vida. Esto también lo hicieron, en otros contextos, Martin Luther King y Mahatma Gandhi. ¿Y quién podría dudar del enorme interés que iba a suscitar un personaje latinoamericano de ese calibre humano?

Sin embargo, para citar solamente dos de otras explicaciones, más trascendentes, que personalmente me convencen, pienso con Jon Sobrino, el eminente teólogo de la liberación, que Monseñor Romero les dijo a los pobres, a los excluidos, a los que mucho sufren y nada valen para otros, que Dios les quiere a ellos, que tiene una preferencia por ellos, y logró decirlo de una manera tan auténtica que su mensaje fue creíble para ellos y alimentó su esperanza. Por eso, se convirtió para los pobres de América Latina en “evangelio”, que etimológicamente quiere decir “una buena noticia” de Dios.

Una razón relacionada, sugerida por el mismo Jon Sobrino, es que Monseñor Romero ofreció, con su vida y su muerte, y particularmente durante sus tres años como arzobispo de San Salvador, un heroico y singular ejemplo de algo esencial del cristianismo: el seguimiento de Jesús de Nazaret. Para ilustrar algo de lo que ello significa, permítanme concluir con unos versos del académico español José María Valverde, que comparan el asesinato de Monseñor Romero con el de Thomas Becket, arzobispo de Canterbury, y el único otro obispo asesinado en el altar, siete siglos atrás.

“En oscuros siglos, se cuenta,
algún obispo murió
por orden de un rey,
salpicando con su sangre el cáliz
por defender la libertad de la Iglesia
frente al poder.

Está muy bien, pero
 ¿desde cuándo no se había contado
 que mataran a un obispo en el altar
 sin hablar de la libertad de la Iglesia
 sino simplemente
 porque se puso de lado de los pobres
 y dio voz a su sed de justicia
 que clama al cielo?

Quizás hay que ir al origen mismo,
 al que mataron
 con muerte de esclavo subversivo”

En nombre del gobierno de mi país, que me honro en representar en Venezuela, les doy a todos la bienvenida en esta tarde y les agradezco su presencia en esta conmemoración del más universal de los salvadoreños, Monseñor Oscar Arnulfo Romero.